

GLOSAS Y COMENTARIOS

FORMACION SOCIAL DE COLEGIALES Y UNIVERSITARIOS

MUCHAS veces nos hemos preguntado: si la generación actual hubiera recibido una adecuada formación social, ¿estaríamos todavía en los comienzos de una nueva era basada en los eternos principios de la justicia y de la caridad cristiana? La respuesta nos parece oírla de labios de S. S. Pío XII: *“No lamentos sino acción es el precepto de la hora presente; no lamentos sobre lo que es o lo que fué, sino reconstrucción de lo que surgirá y debe surgir para bien de la sociedad”*. Si queremos, pues, formar una juventud capacitada socialmente, que comprenda en toda su profundidad el *“Misereor super turbas”* del Maestro, hemos de poner todos los medios a nuestro alcance para darle la formación que los tiempos y las enseñanzas pontificias requieren.

Pío XI en la Encíclica *“Divini Redemptoris”* nos dice que *“Es sumamente necesario que en todas las clases de la sociedad se promueva una más intensa formación social, correspondiente al diverso grado de cultura intelectual, y se procure con toda solícitud e industria la más amplia difusión de las enseñanzas de la Iglesia, aun entre la clase obrera”* (55). Por lo tanto, entra plenamente dentro del plan de formación

de los colegiales y universitarios el difundir entre ellos las enseñanzas sociales de la Iglesia y mucho más si recordamos que S. S. Pío XII, dirigiéndose a universitarios, en 28 de marzo de 1951, les decía que no limitaran su ambición a la conquista de un diploma que les abriera las puertas en situaciones honrosamente lucrativas, antes la orientaran hacia la búsqueda de una perfección profesional tal, que les permitiera desempeñar un papel útil a la sociedad y ejercer una bienhechora influencia sobre su generación.

El *fin* que han de pretender los Colegios de segunda enseñanza dirigidos con orientación plenamente cristiana, es no sólo enseñar a los discípulos las ciencias y las letras, sino también y muy principalmente enseñarles a seguir una conducta digna de un católico. Ahora bien; esta formación no se logrará si se prescinde de empapar a la juventud en la verdadera caridad de Cristo aplicada a las necesidades y condiciones de los tiempos modernos, tal cual se halla en las Encíclicas y documentos pontificios.

La juventud no debe encontrar en sus educadores la confirmación de los mismos prejuicios que quizás beben en su propio hogar. Los educadores forjan las futuras generaciones. Ellos pueden influir mucho en la conducta de los jóvenes o niños confiados a su educación. Si el educador hace distinciones entre pobres y ricos, ¿lograremos siquiera mitigar la lucha de clases? Por el contrario, si enseñamos a la juventud a reverenciar al trabajador, a mostrarse agradecida con él, a no ambicionar las riquezas, sino "*a contentarse con tener qué comer y con qué cubrirse*", como recomienda San Pablo en su primera carta a Timoteo (VI, 8), a tener hambre y sed de justicia, a amar a todos los hombres, como hermanos en Cristo, a emplear sus bienes materiales o intelectuales en provecho de la mayoría y aun, si es posible, de todos los hombres, entonces ¿no podemos esperar que esas semillas den con el tiempo sazonados frutos?

El *ambiente* que rodea a la juventud rica moderna que dedica su atención al cultivo del espíritu, no es el más adecuado para desarrollar en ellas las llamadas virtudes socia-

les. El egoísmo, la comodidad, el lujo derrochador es para ellos más corriente que las virtudes contrarias a estos vicios. Quizás en su casa ven tratar con dureza a la servidumbre u oyen hablar con desdén de los trabajadores. En los periódicos leen pormenorizadas relaciones de lujosas a la par que escandalosas fiestas mundanas, en las que se hace gala de unas diversiones neronianas...

Si preguntamos a la juventud estudiosa qué piensa del problema obrero, nos contestará quizás que no lo conoce mucho o que es un problema acuciante; mas al preguntarle a continuación qué cree necesario hacer para solucionarlo, pondrá de manifiesto su poco sentido social y su ignorancia de la doctrina social católica. Es, pues, del todo preciso inculcar en los niños y jóvenes el sentido social. Hay que hacerles caer en la cuenta de que los demás existen, de que muchos hombres y quizás no lejos de sus viviendas, viven pobremente o en espantosa miseria. El niño, el joven que oye por primera vez tan terrible realidad cree que se le engaña, mas cuando ha podido comprobarla por sí mismo, difícilmente se le borra de su mente y en su corazón empieza a brotar la generosidad y amor que Dios plantó en él, pero que el ambiente en que vivió había tenido ocultos hasta entonces.

* * *

Supuestas las condiciones precedentes, *¿con qué medios cuenta el educador para formar socialmente a los jóvenes a él confiados?* Vamos a esbozar un plan general que pueda aplicarse tanto a colegiales como a universitarios, pero que naturalmente debe acomodarse a las circunstancias y peculiaridades de cada centro escolar y a la misma edad de los educandos.

Hemos indicado anteriormente cuánto puede influir el educador con su ejemplo. Tratándose de religiosos es de suponer que poseen por lo menos el mínimo que desea inculcarse en los jóvenes, ya que, de lo contrario, deberían empezar por ellos mismos aprovechando unas vacaciones y meditando "*socialmente*" algunos pasajes selectos del Evangelio

como el ya citado del "*Misereor super turbam*", o el del rico epulón, o las bienaventuranzas, o tantos otros contenidos en la fuente de las modernas Encíclicas sociales. Otra cosa sería tratándose de profesores seculares, no siempre conocedores a fondo de la solución católica o más despreocupados de estas cuestiones en lo que no se refiera a su problema personal. En este caso, resultaría fructuosísimo antes de empezar el curso, que otra persona, conocedora y entusiasta de estas cuestiones, les dedicara unas clases que les dispusiera para el fin que se pretende.

El profesor que está inflamado de amor a Jesucristo y a los miembros de su Cuerpo Místico, aprovecha *cualquier ocasión* para fomentar en el corazón de los jóvenes el amor hacia los pobres. Las clases de religión, de literatura, de historia, ofrecen abundantes oportunidades para formar, con una palabra dejada caer de paso, las inteligencias de los alumnos. Las mismas clases de matemáticas pueden ofrecer ocasión al plantearles problemas basados en los salarios reales de la localidad. Nada digamos de aquellas asignaturas de estudios o carreras determinadas que ofrecen un campo amplísimo, como son, por ejemplo, las de Economía, Estadística, las que tratan de la fabricación de productos comerciales. Hacer caer en la cuenta de que las máquinas requieren alguien que las mueva y que este alguien está expuesto a riesgos que pueden ocasionar su muerte o grave mutilación; si bien en la actualidad estos riesgos han disminuído mucho, difícilmente hallaríamos la historia técnica de una máquina, que no tenga páginas manchadas de sangre... La importancia de dar un enfoque social a los estudios de Economía Política no es necesario ponderarla, ya que esta asignatura proporciona una base muy importante a ulteriores estudios sociales y aun a aplicaciones concretas en el mundo del comercio y de la industria. En general, cualquier asignatura puede dar pie a consideraciones de tipo social, basta para ello no olvidar este importante aspecto al preparar las clases. Conviene evitar, con todo, una insistencia machacona, que resultaría contraproducente.

Como complemento indispensable están los llamados "*Cursillos de Sociología*", implantados hasta la fecha en varios Centros universitarios dirigidos por personas competentes, y que están proporcionando frutos del todo insospechados. El cursillo suele darse a los alumnos de sexto curso de Bachillerato, por suponer que en séptimo la preparación del Examen de Estado impide la sustitución de algunas clases por las del cursillo. Para los colegios de Comercio, el último curso ofrece muy oportuna ocasión, pues la asignatura de Mercancías facilita las visitas a fábricas, de que hablaremos más adelante. En general, puede darse el cursillo en el último curso, salvo que el plan permita tratar el tema en varios cursos. En este último caso convendría escalonar la materia a fin de que no pierda interés o darle enfoques diversos.

* * *

El fin que se persigue con el cursillo es el de *dar a conocer para obrar en consecuencia*. Un cursillo bien dado abre horizontes nuevos y estimula a ulteriores estudios sociales y aun orienta vocaciones sólidas de jóvenes que quieran mejorar el obrero por el obrero, el patrono por el patrono o el empleado por el empleado, según la mente de S. S. Pío XII.

El texto empleado puede ser alguno de los siguientes:

Tratado elemental de Sociología Cristiana. José M. Llovera, Pbro.

Fundamentos de Sociología Económico-Cristiana. Joaquín Azpiazu, S. I.

Cuestión Social. Solución. Felipe Pitarque, Pbro.

Orientaciones Sociales. Pedro Vila Creus, S. I.

Resumen de Sociología Cristiana. Pedro Vila Creus, S. I.

Nociones de Sociología Cristiana. Luis Cortés, S. I.

Los dos primeros resultan más aptos para cursos más extensos y amplios de Sociología. El tercero sirve admirablemente, y por sus abundantes citas y anécdotas constituye un buen auxiliar para todos los casos. Con todo, nos basaremos en los textos del P. Vila Creus y en las nociones del P. Cortés en la sistematización que vamos a exponer, pues sirven ade-

cuadamente para una formación cíclica y completa lograda por medio de los cursillos.

En los cursillos dados a colegiales el texto sería, pues, el *Resumen de Sociología Cristiana* y las *Nociones*. Para los universitarios, el de *Orientaciones Sociales*, y no estaría de más también poseyeran las *Nociones*, que sirven para resumir y concretar conceptos e ideas.

El programa, compuesto de doce clases, podría distribuirse así:

- I. *Presentación del hecho de la Cuestión Social. Naturaleza e importancia. El porqué de la intervención de la Iglesia.*
- II. *Causas iniciales de la Cuestión Social: Económicas e ideológicas.*
Efectos: Miseria y vejaciones. Acumulación de riquezas.
Reacción: Socialismo y comunismo.
Terreno abonado: Irreligión.
Agravante: Crisis económica.
Cadena sin fin: Hipertrofia del problema.
- III. *Soluciones falsas: Liberalismo y socialismo.*
- IV. *Principio de una solución verdadera. Derecho de Propiedad.*
- V. *Carácter social y limitación de la Propiedad.*
- VI. *Justicia social.*
- VII. *Deber del trabajo.*
- VIII. *La caridad y la beneficencia.*
- IX. *Derecho al trabajo. Salario.*
- X. *Complementos del salario: Plus de Cargas familiares, Subsidios, Seguros.*
- XI. *Reforma del capitalismo: Hacia el Contrato de Sociedad. Corporativismo. Papel que desempeña el Estado en esta reforma.*
- XII. *Derechos y deberes sociales.*

Durante el cursillo, los alumnos han debido aprender las *Nociones de Sociología Cristiana* y ampliado las mismas

con las explicaciones del profesor—dirigidas conjuntamente al corazón y a la inteligencia—y con el libro de texto correspondiente. Al final conviene, y resulta a la vez consolador, efectuar un *examen* en el que se pregunte a modo de encuesta un cuestionario que refleje, más que la memoria del alumno, las reacciones experimentadas o los propósitos efectuados. Es también muy conveniente el señalarles algunos *trabajos escritos* durante el cursillo, ya en los que expongan las dificultades que se les sugieren, las ideas que se les ocurren o, por lo menos, el resumen de lo que oyen o leen.

Da también muy excelentes resultados, tanto entre los cursillistas como entre sus familiares, el tener un solemne *acto final*, en el que expongan de modo variado la doctrina social católica. Entusiasma a todos el tener una discusión sobre algunos temas determinados, al modo como suele hacerse en los Centros de Facultades filosóficas y teológicas. Después de exponer uno de ellos la doctrina católica, otros dos le arguyen con dificultades liberales y comunistas. Puede también leerse algunos de los trabajos redactados durante el cursillo, declamarse algunos fragmentos de los Romanos Pontífices, etc. Sea cual sea la forma de llevar a cabo este acto, es muy conveniente el que todos puedan tomar parte en el mismo, ya que su preparación sirve admirablemente para completar la formación dada durante el cursillo y su recuerdo perdura entre alumnos y familiares. A veces puede incluso darse salida a las ansias de apostolado social que anidan en los corazones generosos de la juventud, repitiendo el acto en otros ambientes.

* * *

A todo lo dicho hasta aquí conviene añadir algunas prácticas acomodadas a la edad de los alumnos, como son *las visitas a los pobres, a fábricas o minas, a centros sociales*. Antes del cursillo suele dar muy buen resultado el visitar algún barrio de barracas. Durante las visitas a los centros industriales es muy fructuoso el hacerles caer en la cuenta de los riesgos del trabajador, de las condiciones de trabajo,

salarios y, aun si las circunstancias lo permiten y la prudencia lo aconseja, de la comida de los trabajadores, tan distinta en muchos casos de la que hallarán ellos en sus casas. De regreso, puede ayudar a hacerles reflexionar el exigirles algunas impresiones, ya escritas, ya orales.

Estas visitas suelen estimular el celo social de los jóvenes y muchas veces dan pie a la formación de un *círculo social* con los selectos, en el que se tengan *encuestas* por el ya conocido tríptico: *Ver, juzgar, actuar*. Magnífico campo para estos primeros fervores de apostolado son los *Catecismos dominicales*, que suponen un paso más en la obtención del sentido social, pues, por decirlo así, lo consagran con su sacrificio personal en un día y hora que otros emplean para unas diversiones que también a ellos les entusiasman. En un colegio, los alumnos están llevando a cabo una magnífica y útil labor, contribuyendo, no sólo con sus donativos, fruto de sus privaciones, sino también con su prestación personal, a la construcción de viviendas para necesitados.

Otro caso que se ofrece en los Colegios, Residencias Universitarias o Centros Superiores de Enseñanza, es la colaboración a la *Revista* del centro escolar, que con más o menos esplendidez es ya corriente en muchos de ellos. Una o varias páginas dedicadas a narrar las visitas a centros industriales o sociales, dando especial relieve a las mejoras sociales en ellos implantadas; otras, en las que se dé cuenta de la marcha del cursillo social o del círculo, o del resultado de las encuestas, o, en fin, de algún acontecimiento de relieve en el campo de lo social, contribuye al aspecto formativo que deberían tener todas estas revistas escolares, que sin perder su aspecto de noticiario escolar o universitario han de contribuir muy especialmente a la formación integral de los jóvenes y niños.

Dentro del plan que venimos trazando pueden sugerirse otros medios para formar socialmente a la juventud: *Conferencias*, aprovechando la visita de algún especialista en la materia; *Lecturas sociales*, ya en privado, ya en público: comedor, clase de literatura... *Clase de urbanidad*, en la que

no se descuide el punto importantísimo del trato con los inferiores. Con todo, queremos cerrar este plan señalando un medio muy fructuoso que, al propio tiempo que contribuye a la formación social de los jóvenes, da excelentes resultados también en su formación profesional y no menos en el campo de la solución o, al menos, mitigación del problema social. Nos referimos a los llamados *Consultorios*, ya médicos, ya jurídico-sociales.

Quien de veras ama su vocación profesional, se entrega plenamente a ella, se convierte en sacerdote de la misma, atendiendo más al cumplimiento de su vocación que al lucro material que le reporte. Quien así procede contribuye indudablemente al bienestar social. Ahora bien; si reunimos un grupo de jóvenes llenos de amor a su profesión y al propio tiempo informados de altos ideales sociales, nacidos al calor de los eternos principios del Evangelio y de los documentos pontificios que lo actualizan en puntos concretos, sin duda que podremos completar su formación realizando al propio tiempo una magnífica obra social: *ayudar al necesitado*.

En los contactos de la juventud estudiosa con los trabajadores o con los pobres, ya en visitas aisladas, ya en los catecismos dominicales, ya en las *vacaciones pasadas con trabajadores* en sus mismos campos de trabajo: minas, canteras, etc., como de un tiempo a esta parte viene haciéndose con gran fruto; ya, en fin, en otras mil ocasiones, que hemos de procurar que existan, en las que se mezclen las clases sociales, los jóvenes estudiantes conocerán un sin número de miserias que quizás en parte está en su mano poder remediar o, al menos, mitigar. El estudiante de Medicina podrá ayudar con unas curas y más tarde con la asistencia facultativa. El abogado podrá aconsejar o incluso defender un pleito a un pobre. Todos podrán poner en relación o tramitar por medio de sus amistades algún documento o instancia para conseguir algún beneficio laboral... Si reunimos a estos jóvenes y estructuramos esta ayuda, nacerá un *Consultorio médico-jurídico-social* que tendrá en su haber la felicidad de muchos hogares a los que habrá hecho entrar la salud, el subsidio,

quizás la misma vivienda. Entre tanto, los jóvenes que así viven en contacto con los necesitados, indudablemente que llevarán una vida menos frívola de lo que acostumbra la juventud moderna y arrastrarán con su entusiasmo a otros profesionales que, como ellos, se pondrán al servicio del "*mayor bienestar espiritual y material que sea posible en la vida presente, mediante la unión y coordinación de la actividad de todos*" (Pío XI).

* * *

Cuanto hasta aquí hemos dicho, no es fruto de la imaginación, sino que responde a la realidad. Al lado de cada uno de los puntos del plan hubiéramos podido ir citando el Colegio, Residencia o Centro Universitario que lo practica. Las ideas centrales podríamos resumirlas en las siguientes: *Evitar la frivolidad* en la educación y en la piedad; *Evitar el individualismo*, fomentando el amor cristiano hacia todos los hombres, especialmente a los necesitados, desarrollando el espíritu de generosidad de los jóvenes y su inclinación a socorrer a los prójimos necesitados; *Infiltrarles las ideas del Cuerpo Místico de Jesucristo*, que invitan al servicio del prójimo, a comprender sus derechos y aunar nuestras voces a las suyas en sus legítimas reivindicaciones; *Apreciar el trabajo* haciéndoles sentir su verdadera nobleza puesta de relieve en la vida de Jesucristo, y, por último, *hacer ejercitar estas virtudes sociales* dentro de los límites que la edad imponga, en la familia, colegio, universidad, círculo social o primicias de una profesión, mientras anhelan poderlas ejercitar después con más plenitud y extensión.

Procediendo de este modo, habremos plantado en las almas juveniles a nosotros confiadas un *ideal social* que les sirva de estímulo para la vida, *adecuado*, es decir, proporcionado a sus fuerzas, y, al propio tiempo, *concreto*, no puesto en las manos, sino lleno de alicientes y aun de pequeñas contrariedades y dificultades que lo hacen más heroico y, por lo tanto, más apreciado para un alma joven. Cuando hayamos formado jóvenes sociales no oiremos ya más la queja

de la falta de sentido social que obstaculiza tantas obras. Evitemos con todo el caer en un vicio muy propio nuestro: el formar a "*deportistas sociales*", que tomen la acción social como un pasatiempo más de la juventud o como una actividad completamente desligada de otras, proceder tan opuesto a la seriedad con que actúan las organizaciones rojas para la conquista del pueblo.

LUIS-ANTONIO SOBROCA FERRER,
del "*Instituto Católico de Estudios
Sociales de Barcelona*".

LA PRUDENCIA ECONOMICA

SI aceptamos que la ética, según sostuvo Aristóteles al principio de su magno tratado dedicado a Nicómaco, consta de tres partes fundamentales, esto es, la monástica, la económica y la política, habrá también que aceptar, de proceder con rigor lógico, que la prudencia, una de las virtudes áticas más encumbradas, presenta también una tricomía semejante, cuando se trata de analizar sus virtualidades y aplicación en el terreno práctico.

Ahora bien, es un hecho manifiesto y, en cuanto tal, no necesita de demostración que, mientras las grandes obras de teología o filosofía moral, al tratar de la prudencia, se ocupan casi siempre con exclusividad de la monástica o individual, las otras dos facetas de nuestra excelsa virtud han quedado poco menos que relegadas al olvido, surgiendo en derredor suyo un vacío lamentable. Parte de este vacío ha sido, en verdad, subrayado por la reciente y magistral obrita "*La prudencia política*", del Prof. Leopoldo Eulogio Palacios (Madrid, 1946); mas en torno de la prudencia económica persiste el más lastimoso de los silencios, por lo cual oportuno parece abordar aquí su estudio, siguiendo las enseñanzas de aquel gran pensador hispano del siglo XVII que se llamó Diego de Saavedra Fajardo (1).

(1) Cf. DIEGO DE SAAVEDRA FAJARDO: *Obras completas. Recopilación, estudio preliminar, prólogos y notas de Angel González Palencia*. (Madrid, Aguilar, 1946.) Todas las referencias a textos saavedrianos aluden a párrafos fácilmente localizables en este libro (págs. 512-532).